

que son los "nova et vetera" de la parábola evangélica (Mt. 13, 52).

4.—Condiciones para saludables reformas en la Iglesia.

El presente estudio debe revivir en nosotros un esperanzador activismo, pues no ha enseñado que no todo lo que hoy integra la Iglesia es inmutable; por lo tanto, si conviene, por exigencias de los tiempos actuales, puede ser cambiado.

Una gran perspectiva se abre para el apóstol inquieto, clérigo o seglar. Tiene ante sí una ingente e inmensa problemática sobre los aspectos concretos de posibles reformas, cambios y adaptaciones de la Iglesia a los nuevos tiempos, sus normas directrices y métodos particulares, como la mejor aportación que puede prestar al Concilio que celebra.

A este respecto, cuatro son las condiciones según Congar, O.P., para un reformismo auténtico, a saber:

- 1.—El primado de la caridad y de la pastoral.
- 2.—Permanecer en la comunión del todo.
- 3.—La paciencia ante las demoras.

4.—Una verdadera renovación por un retorno al principio de la tradición.

Estas cuatro condiciones fueron comentadas por el P. Sauras, O.P., de la siguiente forma. Nada sería tan perjudicial como hacer reformas no dictadas por graves y serios criterios. Para reformar se requiere en primer término una fidelidad absoluta al espíritu dogmático.

Las reformas se deben hacer con miras a la mejor obtención del conocimiento y de la vida divina (que es el fin de la Iglesia), y con vistas, asimismo, al mejor mantenimiento del orden social establecido por el mismo Cristo. Reforma que perdiera de vista la fidelidad debida a la jerarquía sería reforma cimentada sobre la arena.

Para hacer reformas será necesaria la fidelidad a las lecciones de la Historia, a través de la cual se han establecido ya tantas. Y se precisará tener en cuenta la psicología, cultura actual, la sociología...

Sería perjudicial inspirar las reformas en motivos exclusivamente accidentales, olvidando las substanciales. Las motivaciones históricas o estéticas, por ejemplo, son secundarias. Lo que interesa, sobre todo, es ajustarse lo más posible a

la Revelación y hacer lo que sea más útil y eficaz para las almas. Luego vendrá el cuidado de lo circunstancial. Sacrificar el carácter pastoral al artístico sería perder de vista la finalidad de la Iglesia, que es una sociedad salvadora y no una sociedad cultivadora del arte.

La Iglesia, dice Karl Rhaner, debe considerar a menudo la "forma de su existencia oficial", no sólo para examinar las deficiencias o tentaciones humanas, sino también para revisar un "cierto estado de cosas", un conjunto de estructuras o formas históricas mal adaptadas a un tiempo determinado.

Sabemos que la Iglesia es inmutable en su estructura jerárquica, en la substancia de los sacramentos y en el conjunto de verdades reveladas. Pero fuera de la garantía absoluta de perpetuidad, la Iglesia es humana y depende de las condiciones psicológicas de la vida humana y de las condiciones de existencia de toda sociedad.

Aquí radica realmente lo trágico y maravilloso de la Iglesia: que Dios haya confiado a los hombres los tesoros soteriológicos y que la acción divina se realice a través de lo humano.

J. Bautista Morera, Pbro.
Lídice

ECOS DE "EL VICARIO" EN ALEMANIA

La tesis de Rolf Hochhut en la pieza teatral "El Vicario" (Der Stellvertreter), estrenada hace algunos meses en Berlín, puede resumirse en una frase: Pío XII tuvo conocimiento de las matanzas de judíos por los nazis; frente a esos crímenes guardó silencio, por lo cual se ha hecho culpable de un delito contra la humanidad.

Dejemos hablar a críticos autorizados. Oscar Simmel escribe en la prestigiosa revista alemana "Stimmen der Zeit" (abril 1963): "Para justificar ese silencio de Pío XII no basta decir que tal protesta hubiese tenido poco éxito. Quien así piense debiera atribuir valor a un hecho sólo en la medida en que tenga éxito exterior. El éxito exterior no es el criterio decisivo para justificar una acción. El Papa no estuvo frente a ese problema, sino que él pensaba en los muchos judíos a los que se podía ayudar con toda reserva; pensaba en las consecuencias de una protesta respecto a ese auxilio. El Papa estuvo frente a una elección. Desde un principio vio que debía escoger una salida, que se le presentó presumiblemente como un mal menor. Tenía fundadas razones para sospechar que con una protesta pública alcanzaría justamente lo contrario de lo que intentaba. La propaganda alemana lo sindicaría inmediatamente como partidario de los Aliados, y los judíos en particular serían los primeros en sufrir las consecuencias. Pío XII estuvo frente a una situación muy complicada. Puede uno ser de opinión que se equivocó al obrar así, pero al que juzga de ese modo hay que recordarle que el Papa tuvo que actuar entonces, no ahora."

¿DEBERIA EL

Mons. E. Klausener, en el diario berlinés "Der Tagesspiegel", del 1 de marzo de 1963, opina: "También para los literatos vale el mandamiento: No levantarás falso testimonio! Pío XII optó por la renovada protesta diplomática y no por la protesta pública a favor de los judíos, pensando en los que él podía salvar y efectivamente salvó. En Roma e Italia poseía la suficiente autoridad moral para aprovechar todas las posibilidades. Pero en el mundo de entonces no la tenía. Actuó como se debe actuar en toda catástrofe política: se salva lo que se puede salvar. Hochhut comete muchos errores en su obra dramática, sobre todo al tratar de cosas de la Iglesia. Al dramaturgo se le aconseja en general que retrate ambientes que conoce. Es tremenda la apodíctica seguridad acusatoria de Hochhut. Dice de Pío XII: "Quizás nunca en la historia hayan pagado tantos hombres con su vida la pasividad de un solo político." Cuando comenzaron, en julio de 1942, los arrestos de judíos en Holanda, los Obispos católicos protestaron enérgicamente en una pastoral que se leyó en todas las iglesias. En seguida comenzaron las horribles represalias de los nazis. Así murió Edith Stein.

El 2 de junio de 1943 pronunció Pío XII una alocución ante el Colegio Cardenalicio: "Cada palabra —dijo— que sobre este asunto (sobre los que a causa de su nación o de su raza son perseguidos) tenemos que dirigir a las autoridades competentes, debe ser seriamente meditada y pesada por Nos, en interés de los mismos perseguidos, para no hacer involuntariamente su situación todavía más penosa y desesperada." Pío XII era diplomático, pero diplomático del amor fraterno. Quiso mantener a la Iglesia su posibilidad de ayudar tanto como fuese posible. Era consciente del influjo que su palabra tenía, pero nunca sobrevaloró tal influencia —como lo hace Hochhut. Que Hitler estuviese dispuesto a escuchar al Papa es cosa que no se puede probar. La tesis de Hochhut de que la represión nazi contra la Iglesia cesó al comenzar la guerra es falsa. Allí están para probar lo contrario los asaltos de conventos, supresión de la prensa católica, persecuciones en diversas regiones, etc."

El mismo Klausener escribe en el "Rheinischer Merkur": "Un testigo ocular e inmediato de aquellos años, el otrora Gran Rabino de Roma, Israel Zolli, se convirtió al catolicismo precisamente bajo la impresión de sus experiencias. Y escogió al bautizarse el nombre de Eugenio, en agradecimiento al Papa Pacelli. Hochhut sabía esto. Pero por lo visto nunca se ha preguntado quién era realmente el Papa a quien Zolli encontró en su camino. Del drama íntimo de Pío XII no ha percibido Hochhut ni un soplo. Para él, el Papa es exclusivamente un político. El acceso a su personalidad religiosa le está cerrado."

PAPA CALLAR?

El escritor Rudolf Kraemer-Badoni, en el semanario "Christ und Welt" (protestante), del 5 de abril de 1963: "Los ciudadanos no podemos esperar que la Iglesia nos convoque a un levantamiento contra un Estado delincuente. Tendríamos primero que suprimir el capítulo 13 de la Carta de Pablo a los Romanos. No podemos tampoco esperar que la Iglesia asuma nuestra participación en la política y condene todas las crueldades que se cometen, o sea: no solamente la matanza de los judíos, sino la muerte por hambre de los prisioneros de guerra rusos, los bombardeos contra la población civil; a Einstein por aconsejar el empleo de la bomba atómica, a Truman por haber dado la orden de lanzarla, la expulsión de millones de hombres hacia el destierro, las crueldades en el Congo, en Cuba, el aplastamiento de la rebelión de Hungría, etc., etc."

El número de mayo de "Herderkorrespondenz": "En su modo de actuar, el Papa siguió los mandatos de su conciencia, y por eso no se le puede achacar ninguna culpa, por lo menos subjetiva. Hochhut pretende que una protesta del Pontífice hubiese modificado la situación. Pero ¿de qué manera hubiese podido difundirse esa protesta en el ámbito del poder de Hitler? Hochhut habla como si la protesta hubiera de aparecer

al día siguiente en todos los periódicos o difundirse a través de todas las emisoras...

Los principios que rigen la investigación histórica científica prohíben extraer consecuencias seguras de un suceso que jamás ha tenido lugar. El examen crítico de los hechos, contra la tesis apodíctica de Hochhut, arroja tales objeciones que bien podemos calificar aquélla como falsa. El Papa omitió hacer una protesta pública a causa de las circunstancias derivadas entonces del dominio de Hitler; no, como se ha dicho, por razón de Estado, sino porque la probabilidad de alcanzar el fin deseado mediante una protesta era prácticamente igual a cero y, por el contrario, el riesgo que amenazaba a todo cuanto la Iglesia podía todavía hacer era muy grande. Por estas razones, la afirmación de Hochhut de que Pío XII, a causa de su silencio, se ha hecho culpable —"delincuente" lo llama—, es objetivamente infundada."

Queremos cerrar esta colección de testimonios con el que quizás ha alcanzado más resonancia en toda esta polémica: el del P. Robert Leiber, S. J., secretario y colaborador del Papa Pío XII. Extractos de su trabajo aparecieron en el acreditado diario alemán "Frankfurter Allgemeine Zeitung" del 27 de marzo. "El Vicario" —escribe Leiber— pretende revelar al mundo que una protesta pontificia contra la persecución judía hubiese llevado a Hitler asuspender ésta de inmediato. Debemos decirle al señor Hochhut que él se mueve aquí en el plano de la fantasía, a pesar de todos los datos que cree poder aducir a favor de su tesis. Los Nuncios Pontificios en los Balcanes, para referirnos sólo a este punto, tuvieron éxito en la protección de los judíos deportados gracias a gestiones ante los Gobiernos respectivos, pero no ante Hitler. A nadie, durante la guerra, pudo venirle al pensamiento que el Papa hubiese conseguido por medio de una protesta pública hacer cesar la destrucción de la población judía. Prescindamos ahora de que el Papa debía tener material muy seguro en las manos; prescindamos de que el Papa no hubiese podido decir ante la opinión pública nada que los Aliados no supiesen desde antes y tal vez mejor que él. El volumen total de la persecución judía, la cifra de seis millones de víctimas de los campos de destrucción, es un hecho que sólo después de la guerra ha podido comprobarse. Pero que una protesta pontificia hubiese hecho cesar aquel exterminio es algo que estudiosos y conocedores de la situación, como Poliakov, nunca se han atrevido a expresar. "Se debe reconocer —dice Poliakov— que, como enseña la experiencia, las protestas públicas han tenido como consecuencia inmisericordes represalias. ¿Cuál hubiese sido la eficacia de una condenación por parte de la más alta autoridad del Catolicismo? Lo que toca a las consecuencias prácticas inmediatas para las obras e instituciones de la Iglesia Católica, así como para los mismos judíos, es una pregunta que hay que plantearse." La eficacia de una condenación solemne fue también vista por otros ojos de manera escéptica. En todo caso, los judíos de Roma se mostraron muy agradecidos al Papa por su silencio durante la ocupación alemana de la ciudad. En todo caso, Pío XII debió plantearse la pregunta de Poliakov de modo muy personal. El se decidió por el silencio. Quien se atreva a hacerlo lance la primera piedra sobre ese silencio."